

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

Año I

Valladolid: Mayo de 1903

Núm. 5

LA SEGUNDA EXCURSIÓN

A PEÑAFIEL

CRÓNICA

21 de Mayo de 1903.

El artículo 35 de nuestro Reglamento dice lo siguiente: «En cada excursión se nombrará de entre los adheridos, un cronista que dé cuenta en conjunto de lo visto y observado, y otro socio que lleve la administración de los gastos de la excursión. Uno y otro serán nombrados por los excursionistas antes de empezar el viaje».

Al ponernos en marcha y cumplir esta cláusula, mis queridos compañeros me honraron con el cargo de cronista. Sin ánimo de querer ofenderles, creo que se equivocaron lastimosamente, pero el obedecer es ley y agaché la cabeza, sintiéndolo por los lectores de este BOLETÍN; afilé el lapiz que llevaba para hacer algún apunte, y en el mismo album de dibujo empecé á tomar los primeros datos.

Muy bien podía salir de este compromiso, describiendo la excursión á Peñafiel en esta forma:

Día espléndido.

Recibimiento cariñoso.

Atenciones y deferencias por todas partes, y

Regreso feliz.

Con esto y con añadir que se aprovechó el día visitando lo más notable, podía muy bien dar por terminado mi cometido, pero para dar más envidia á los perezosos que no quisieron acompañarnos, describiré á mi manera como se pasó el día.

El viaje

Cuando á poco más de las seis de la mañana llegué á la estación del Norte, ya estaban allí nuestro activo secretario señor Rubín, provisto de su máquina fotográfica, y los señores Sabadell y del Alamo. No tardó mucho en llegar nuestro querido presidente Sr. Martí, acompañado del Sr. Sánchez Santarén. Después, y con el tiempo preciso para

poderse agarrar al tren, ya en marcha, el señor Planillo. Aún faltaba otro excursionista: Gabriel Gómez, que si mucho sentíamos todos la falta de su compañía, más lo hubiese sentido él, no por las diez pesetas que ya había sacado del bolsillo, sinó por dejar de disfrutar de una excursión tan agradable como la de este día.

La parada que el tren hace en la estación de Ariza, hizo que mi amigo Gómez alcanzase el tren, gracias á sus buenas piernas, recorriendo el trayecto de una á otra estación.

Ya todos reunidos, pensamos solamente en hacer el viaje del mejor modo posible y lo conseguimos admirablemente, gracias á la excesiva amabilidad del señor Jefe de estación de Ariza, que nos colmó de atenciones que siempre agradeceremos. Merece igualmente nuestra gratitud el señor Interventor, que facilitó todos los medios que estaban á su alcance, para contribuir á que tanto el viaje de ida como el de regreso, le hiciéramos en las mejores condiciones de comodidad. A uno y otro señor les reiteramos nuestro agradecimiento más expresivo.

Admirando los pintorescos puntos de vista del camino, especialmente los alrededores del célebre Monasterio de San Bernardo (el cual será seguramente objeto de una excursión); disfrutando de una mañana deliciosa y con una conversación amena é instructiva como siempre que en ella toman parte personas de los conocimientos de los señores Martí, Rubín, del Alamo y otros, llegamos á Peñafiel, no sin haber acordado antes, propuesto por el señor del Alamo y aceptado por unanimidad, enviar un telegrama saludando cariñosamente al señor D. Juan Agapito y Revilla, ausente por asuntos profesionales, que le impedían proporcionarnos el placer de contarle entre los excursionistas. La primera cosa que se hizo al llegar, fué depositar el acordado telegrama, dirigiéndonos seguidamente á la fonda de D. Elías de Domingo, una de las más acreditadas de Peñafiel.

Por la mañana

Como quiera que algunos estómagos se sentían debilitados á causa de que el desayuno había sido mucho más pronto que de ordinario, se tomó un

pequeño refrigerio, y animados con él empezamos nuestra tarea de fisgarlo todo.

Con motivo de ser primer día de feria, el pueblo presentaba un animado aspecto, y era mucha la gente que transitaba por las calles, habiéndose instalado en algunas de ellas, diferentes industriales. Nuestra primera visita fué para el señor alcalde D. Eustasio Sanz, quien nos hizo un recibimiento cariñosísimo, poniendo desde luego á nuestra disposición, uno de sus subordinados para que nos acompañase, facilitándonos la entrada en las iglesias, cuya mayoría estaban ya cerradas, á causa de haber terminado los cultos. También tuvimos el gusto de saludar á D. Román Blanco, quien desde entonces se puso á nuestras órdenes con una amabilidad digna de nuestro reconocimiento más sincero.

La primera iglesia visitada fué Santa María. En ella admiramos, entre otras cosas, una hermosa talla en piedra en lo que forma el balcón del coro por la parte del órgano: es de un sabor de época exquisito y se trató de obtener algún cliché fotográfico, luchando con la escasa luz que tenía á esa hora el templo.

Desde esta iglesia fuimos á la de San Miguel de Reoyo, cuyo templo se atribuye á Herrera, y es espacioso. Allí vimos una Santa Teresa, notable escultura del siglo XVII, y el retablo de la Pasión, conocido vulgarmente por el de las Animas. De este retablo se hubiera tomado alguna fotografía á no impedirlo la poca distancia que hay para los aparatos de que disponemos.

Nos dirigimos después al convento de San Pablo, en cuya iglesia no entramos hasta esperar á que terminase la misa mayor que se estaba celebrando.

Aprovechando la ocasión de encontrarnos en este momento con el señor D. Eustaquio de la Torre, una de las personalidades más salientes de Peñafiel, nos apresuramos á tener el gusto de saludarle, y atentísimo como siempre, se puso desde este momento á nuestra disposición, y con una solicitud y deferencia que nunca agradeceremos bastante, fué desde entonces nuestro acompañante, sirviéndonos su valioso concurso para salvar ciertos inconvenientes, que hubiéramos encontrado seguramente, á no contar con tan excelente Cicerone.

El convento de San Pablo fué fundado por el infante D. Juan Manuel y en este edificio está instalada la comunidad de los Pasionistas, cuyo Prior, deferentísimo con nosotros, nos enseñó diferentes departamentos del convento y nos acompañó en la visita á la iglesia. En el exterior de ésta, que corresponde al interior de la capilla del infante don Juan Manuel, se nota el gusto del Renacimiento. Lo correspondiente á la central y al lado de la Epístola, pertenece, en su exterior edificación, al estilo mudéjar.

Espléndida y rica en detalles es la mencionada

capilla. En la puerta de entrada; en el arco que la une con el resto del templo; en muchos sitios más, se admiran esas elegantes combinaciones del gusto del Renacimiento que nunca fatigan.

En una hornacina que hay en el centro se guardan los restos de la beata Juana de Aza, y en un rincón se ve la estatua de D. Juan Manuel, en marmol, pero mutilada, rota y hecha pedazos. Como curiosidad, copio aquí la inscripción que hay en la cornisa, y que literalmente dice así:

ESTA CAPILLA MANDÓ HACER DON IVAN MANVEL: DE LA ORDEN DEL TOISON: HIXO DE DON IVAN MANVEL: POR SEGVIDA SVCESSION DE VARONES: I VIZNIETO DE DON IVAN MANVEL FVNDADOR DESTE MONESTERIO I DE OTROS DOCE: I ENTRE ELLOS ESCOXIÓ ESTE PARA SV ENTERRAMIENTO: EL CVAL FVE HIXO DEL INFANTE DON MANVEL CVYO PADRE FVE EL REI DON FERNANDO EL SANTO: EL QVE GANO A SEVILLA: ACABOSE EN EL AÑO MDXXXVI.

Por ser esta capilla, en mi concepto, lo más notable que existe en Peñafiel, me he extendido en su descripción más de lo que el carácter de esta crónica permite, y sin tener en cuenta que seguramente pluma más competente que la mía ha de hacerlo en estas columnas con más detención y competencia.

Desde esta misma capilla subieron parte de los excursionistas por el célebre *caracol*: una original escalera en forma de tal, pero con la novedad de que su columna central no está perpendicular como sucede en otras de este género, sino formando una línea espiral.

Al llegar á este punto, los estómagos todos empiezan á pedir á grandes gritos algo que les reponga de las perdidas fuerzas y á la fonda nos dirigimos con paso tan ligero como lo permiten nuestros desfallecidos cuerpos.

Sentados á la limpia y bien preparada mesa de la fonda de Elías, todos los excursionistas se aplicaron en su tarea de despachar el succulento menú compuesto de Tortilla á la francesa, Pollo en pepitoria (indudablemente, alguien dijo al fondista que es el plato que más me gusta. ¡Dios se lo pague!) Merluza rebozada, tan fresca como puede comerse en Santander; y finalmente, el clásico asado con la maestría que es peculiar en este país. Todo esto regado con un vinillo muy agradable, terminando con variados postres y café.

Al final de la comida recibimos la agradable visita de los señores D. Valeriano Valiente y D. Pedro Escudero, estimados amigos, que desde entonces fueron también nuestros cariñosos acompañantes. Igualmente llegaron el señor de la Torre y don Ramón Blanco, que volvían á reunirse á nosotros

para continuar prestándonos su valioso concurso y la satisfacción de su compañía.

Por la tarde

Todos reunidos visitamos la iglesia del Salvador, que á pasar de no tener exteriormente nada notable, tiene en el interior una buena bóveda ojival. El retablo del altar mayor es notable y en él existen unos tarjetones primorosos de distinto estilo que el resto de aquél y que no pudimos apreciar del todo por estar cubierto el altar en su mayor parte, por un dosel de percalina. Desde la iglesia, y gracias á la amabilidad del señor Cura Párroco, nos trasladamos á su casa para poder admirar en ella una cruz parroquial de plata de éxageradísimo mérito artístico. Aquí si que no me encuentro con fuerzas (á pesar de la pepitoria) para describir esta maravilla. Mucho es su peso material, que cuesta trabajo sostener á un hombre muy fornudo, pero es mayor, mucho mayor, su mérito artístico, del cual es difícil hacerse una idea no teniéndola presente. Nuestro gusto hubiese sido reproducirla fotográficamente, pero desistimos con sentimiento ante los inconvenientes que se presentaban.

Admirados de la preciosidad que acabamos de ver, agradecidos del señor Cura Párroco que tan amable estuvo con nosotros, llegó la última parte de la excursión; la que podríamos llamar la parte heroica: la subida al Castillo.

Con harto dolor de mi corazón tuve que desistir de esta ascensión, y no por falta de ganas, sino por falta de pulmones. En la falda de la gran cuesta en la cual está enclavada esta célebre fortaleza, obra, según dicen, de D. Sancho García, quedamos mi amigo Gabriel Gómez y yo, acompañados de don Eustaquio de la Torre, quien continuando en su deseo de proporcionarnos todo género de comodidades, nos facilitó unos cómodos asientos. Agradablemente instalados á la sombra, Gabriel empezó á tomar un precioso apunte á la acuarela del Castillo, mientras yo descansaba también dibujando parte de la tradicional y antiestética Torre del Reloj y sus inmediaciones.

Mientras tanto, veíamos á nuestros compañeros ascender progresivamente, destacándose en el grupo la respetable figura de nuestro presidente señor Martí, que animado de su deseo de estudiar el arte en todas sus distintas manifestaciones, se decidió á arrostrar las molestias y hasta los peligros de tal ascensión. Poco á poco fueron desapareciendo á nuestra vista, y después de algunos minutos, vimos que nos saludaban los más valientes desde la parte superior de la Torre del Home-naje. Eran unos puntitos negros, apenas perceptibles entre aquellas moles de piedra.

Próximamente una hora duraría la visita al Castillo, y cuando á la bajada llegaron hasta nosotros

los expedicionarios, entre los que se observaba todo agitado á nuestro querido Presidente, no pudimos menos de ovacionarle con entusiasmo, pues verdaderamente había sido una heroicidad la realizada por el señor Martí, que con el calor que á aquella hora se dejaba sentir, se había atrevido á semejante ascensión.

La hora de la marcha se acercaba; pero al señor de la Torre, pareciéndole poco las atenciones que durante todo el día nos había proporcionado, nos hizo admitir un delicado refresco. En el hermoso comedor de la casa de D. Fustaquio descansamos unos momentos, y allí, obsequiados cariñosamente, pudieron refrescarse los ascensionistas.

No como pago de las atenciones recibidas del señor de la Torre, sino únicamente como recuerdo de nuestro grande agradecimiento, le suplicamos admitiera la acuarela, que en tan corto tiempo hizo Gómez, y que este amigo cedió con muchísimo gusto. D. Eustaquio se dignó aceptarla y allí quedó firmada por todos como débil muestra de nuestra eterna gratitud, despidiéndonos de dicho señor para dirigirnos á la estación.

Hasta dejarnos en el tren nos acompañaron nuestros queridos amigos señores Blanco, Valiente y Escudero, este último ya como consocio, y cuando el tren se disponía á partir estrechamos sus manos, espresándoles nuestro agradecimiento, que repito enviándole ahora desde estas columnas y haciéndole extensivo á todos los que tuvieron la galantería de acompañarnos durante nuestra agradable visita á Peñafiel.

A Valladolid

El regreso, que fué tan cómodo como la ida, se hizo sin ninguna contrariedad, saboreando y comentando lo agradable que se había pasado el día y recordando con agradecimiento tantas deferencias recibidas. Como si hubiesen sido pocas las satisfacciones experimentadas, durante todo el tiempo que duró nuestra excursión; cuando ya en nuestro regreso estábamos cerca de Valladolid, nos participó el señor Tesorero que de los fondos sociales sobraba dinero. ¡Estupenda noticia! Raro caso aquí que siempre ocurre lo contrario. Efectivamente; realizado el balance por el encargado de los fondos de la excursión, resultó que había sobrante, y que por lo tanto había que repartir, cumpliendo así una cláusula del Reglamento, una peseta *por barba*.

Díganme si no es satisfacción, después de un viaje tan agradable, que á última hora se reciba una alegría de cuatro reales... A las nueve y media de la noche entrábamos en Valladolid satisfechos de la excursión á Peñafiel.

Rabien los perezosos que no nos acompañaron.

RICARDO HUERTA.



BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO I

Valladolid: Junio de 1903

Núm. 6

PEÑAFIEL

Iglesia del convento de San Pablo

El nombre de D. Juan Manuel es conocidísimo en la historia de nuestra edad media. Su estirpe regia la declara el ser nieto de San Fernando, y lo saliente de su personalidad el verle mezclado en sucesos militares y políticos de alta importancia. Los hombres de letras le conceden lugar preeminente como uno de los ingenios más notables del siglo XIV, leyéndose aun hoy día con sumo agrado las máximas ó ejemplos dados por Patronio al conde de Lucanor, y viendo como han servido de base á fábulas populares ó á sentenciosas décimas de Calderón que todos sabemos de memoria; pareciendo pugnar la vida tan agitada, guerrera y turbulenta que de él nos detallan los historiadores, con la plácida y tranquila del hombre de letras y del filósofo, cual lo demuestran las numerosas obras escritas por su mano y legadas al convento de dominicos que fundó el año 1324 en su villa de Peñafiel. Este último hecho contribuye á que los artistas recuerden á la vez con simpatía el nombre del infante D. Juan Manuel, uniéndole ante un monumento muy apreciable para la historia de las Bellas Artes, ya considerándole como á nuestra vista se presenta ya pensando en lo que pudo ser al tiempo de su creación.

El exterior del ábside dice bien á las claras la época en que fué edificada la iglesia. Corría el primer tercio de la centuria décimocuarta cuando el infante de Castilla, en quien las armas y las letras competían; dispuso, bajo cláusulas que se desconocen, la erección del templo en cuya capilla mayor había de tener cristiana sepultura, y dominaba entonces la influencia del arte que se ha convenido en llamar mudéjar, ó sea el resultante de las tradiciones arábigas conservadas por los artifices mudéjares, adaptado sin reparo alguno por los cristianos para sus templos y palacios, aunque con cierta mezcla de los dos estilos peculiares de los conquistadores y de los vencidos. Si como dicen, D. Juan Manuel conoció la lengua de los árabes, y de origen

arábigo son algunos de sus cuentos ¿qué extraño es que la misma procedencia tenga la iglesia de San Pablo? Construida de ladrillo desde la parte superior del basamento al tejazoz; presenta, así en los planos del ábside como en los respectivos contra-



PEÑAFIEL

EXTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PABLO

(De fotografía de D. Gabriel Osmundo Gómez)

fuerzas, varias zonas de arcos de diversas dimensiones, unos de medio punto y otros agudos ú ojivos, pero todos ultrasemicirculares ó de herradura, exornados muchos de ellos con elegantes lóbulos, y ofreciendo al primer golpe de vista el aspecto de una construcción árabe, pues al fin el estilo peculiar que le distingue no pasa de ser una

derivación y consecuencia de la arquitectura desarrollada por los mahometanos. Cuatro series de arcos hay en toda la altura de los contrafuertes, y se reducen á tres en las paredes del ábside por ser el arco inferior de mayor tamaño, así como en la parte alta se cobijan bajo uno solo otros dos en forma de ajimez, sirviendo estas variedades de animado contraste.

Mucho mayor es el que ofrece otro cuerpo que se levanta al lado y en contacto del ábside mudéjar, pues su estilo acusa dos siglos de distancia, pasando la vista sin transición alguna desde la fábrica de ladrillo y sus arcos de herradura al lujoso ornato del renacimiento, labrado sobre piedra; consignando de ese modo en el edificio las dos épocas tan distanciadas en las cuales figuran con especial resonancia histórica dos individuos de la misma familia y de igual nombre. Un gran ventanal rematando en frontón ocupa la parte principal de la fachada, á su lado campear en dos grandes escudos las armas que se dieron al primer infante D. Manuel, y en el ángulo se levanta airosamente un cubo ó torreón, contribuyendo á dar movimiento á las líneas á la vez que resulta un conjunto pintoresco.

Porque aun contrariando la unidad arquitectónica, reconociendo que es una amalgama de estilos sin conexión alguna, sintiendo cómo no? que la edificación del nieto de Fernando III el Santo sea hoy desconocida en su integridad; miro con gusto esos efectos bizarros, esos aditamentos que espontáneamente van colocando las generaciones sucesivas, los cuales pugnan con la severidad que demanda el estudio, pero que producen con sus distintas tonalidades y sus diferentes caracteres una nota especial muy simpática. Así veo á todos los espectadores cuando llegan á la pequeña plaza que circunda el monumento, dar algunas vueltas por el exterior de la iglesia y después de las observaciones que pueda hacer cada uno, escoger como punto de vista de conjunto aquel donde parece que se estrechan en cariñoso abrazo los dos célebres magnates que dan su nombre á la iglesia de Peñafiel.

**

He dicho antes que los restos de su primitiva fábrica pertenecen á la arquitectura que se ha convenido en designar con el nombre de mudéjar, é indicaba á la vez, aunque muy someramente, el fundamento de esta denominación. Conocía lo que en pró y en contra del arte mudéjar se había escrito, y creía bastante por mi parte aquellas breves frases; pero volví á leer nuevamente los textos de algunos escritores, y al refrescar con ellos la memoria, me pareció que no sería impertinente hacerme cargo del camino que el asunto ha seguido, pues aunque de él se hallen completamente enterados muchos lectores del BOLETÍN, no todos le habrán prestado igual atención. Procuraré sin embargo

condensar los argumentos con la mayor sencillez posible.

El año 1869 celebró la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando el ingreso de D. José Amador de los Ríos, quien escogió como tema de su discurso académico el estudio de cierto linaje de arquitectura, dentro del arte cristiano, que comenzaba á ser designado con el nombre de *mudéjar*. Así las afirmaciones del Sr. Amador de los Ríos, como los argumentos que para reforzarlas empleó D. Pedro de Madrazo en su discurso de contestación, alcanzaron una gran resonancia en el mundo artístico, y el calificativo de *estilo mudéjar* quedó aceptado, entrando de lleno y por derecho propio á formar una de las subdivisiones en la historia de nuestra arquitectura.

Muchos años después publicaba la *Ilustración Española y Americana* varios artículos del mismo D. Pedro de Madrazo censurando esa denominación de la cual él era coautor, y poniendo cual digan dueñas *el madejarismo*. Tanto se había usado y abusado del vocablo, que ya D. Pedro se arrepiente de su propia obra, la repudia por falsa, abjura del mudejarismo, y casi casi viene á decir literalmente: «Ea, señores, se acabó; ya no hay arte mudéjar».

Pasado el primer momento de estupor, volví á leer y releer sus artículos, pues si yo había sido devoto discípulo de la doctrina que él había enseñado, justo era que estudiase con suma atención aquellas rectificaciones que la experiencia pudo aconsejarle. Escritas estas con el donaire característico de su autor y razonando con varios argumentos sus nuevas teorías, no lograron sin embargo convencerme por completo al compararlas con los textos primitivos; pero sí contribuyeron á sembrar algún tanto la desconfianza y el recelo.

Los fundamentos que se tuvieron para concentrar en un grupo especial el arte mudéjar, estribaban—ya lo he indicado á la ligera—en que los moros subyugados por las armas victoriosas de los cristianos en la época de la Reconquista, quedaron durante la mayor parte de ese largo periodo como vasallos de nuestros reyes, habitando en las mismas ciudades, continuando libremente la práctica de sus artes y sus industrias con la misma libertad que les permitían para las prácticas de su falsa religión. Por el trato frecuente y pacífico entre moros y cristianos, las artes habían de sufrir mútuas influencias; y los *mudéjares*, que así llamaban á los mahometanos sometidos, proseguían construyendo edificios y labrando objetos manuales de toda clase, según el estilo propio que tenían aprendido; pero transformándose insensiblemente en razón del contagio con elementos distintos, y de su adaptación en muchos casos al culto cristiano.

Desenvueltas ampliamente estas teorías por sus iniciadores, llevadas tal vez á la exageración

por historiadores y artistas; quiso D. Pedro de Madrazo reaccionar los espíritus, y fundándose en que por razón de su origen y por la sucesión de razas diferentes, no podía tener ese arte mudéjar igual carácter y la misma fisonomía en toda España; hizo tabla rasa de su primera doctrina, proponiendo sustituirla con las denominaciones de árabe-bizantino, mauritano y granadino; quiere que los objetos de arte se designen por su estilo puro ó bastardo y no por la condición personal del artifice, estableciendo además la duda de que sea producto de manos mudéjares todo lo que hoy de mudéjar se califica.

Pero los *mudejaristas* se hallaban ya en mayoría. Precisamente había escrito también otros artículos D. Rodrigo Amador de los Ríos en defensa entusiasta de la denominación creada por su señor padre, y da por inconcuso no solo que hay un *estilo mudéjar*, sino que éste entra de lleno en la jurisdicción del *Arte Cristiano*. La semilla, pues, tiene hondas raíces, creo difícil hacerla desaparecer por completo, y tal vez fuera oportuno establecer algunas agrupaciones en ese nuevo arte, aunque no se me oculta el peligro que traen consigo estas subdivisiones excesivas.

Por eso no intento profundizar el asunto. Háganlo en buen hora los arquitectos, los arqueólogos, los eruditos; yo, aunque aspiro á conocer la historia y el desenvolvimiento de nuestras artes, no voy nunca—al menos así lo procuro—más allá de donde debo llegar. Ante la iglesia de San Pablo existente en Peñafiel, dije que pertenecía al género arquitectónico conocido con el nombre de *mudéjar*, pues esos caracteres tiene, hiciéranle alarifes árabes, ó cristianos que siguiesen las mismas máximas de construcción y de ornato, é igual calificativo ha empleado mi amigo y compañero D. Ricardo Huerta, cronista de la excursión. Si algún día se llega á un acuerdo sobre puntos hoy en litigio, entonces estudiaremos unos y otros como es debido las nuevas enseñanzas.

* * *

Terminada esta digresión, volvamos á nuestros Manuales.

De ambos dan amplias noticias los historiadores. El infante D. Juan Manuel, el primitivo fundador, enlaza su nombre con hechos trascendentales ocurridos durante los reinados de D. Sancho el Bravo, D. Fernando el Emplazado y D. Alfonso el Justiciero. Este pidió por esposa á Doña Constanza Manuel, hija de D. Juan; en la villa de Peñafiel se concertaron las capitulaciones matrimoniales, y en Valladolid tuvieron lugar los desposorios; pero intrigas y cábalas políticas hicieron que el rey poco después repudiase á su esposa. Más afortunada Doña Juana Manuel, hermana de aquella, compartió el tálamo y el trono con D. Enrique II el Bastardo, siendo madre del rey D. Juan I. De los hijos

varones de D. Juan Manuel, no hay memoria de grandes hechos ó hazañas, y D. Fernando es conocido por D. Fernando el de Villena.

Transcurre mucho tiempo hasta que se ve figurar un descendiente de la misma casa llamado también D. Juan Manuel, quien tomando partido por el archiduque D. Felipe el Hermoso, llega á ser su privado durante el breve tiempo que ocupó el trono. El favorito aparece mezclado en sucesos é intrigas políticas en los primeros años del siglo XVI, y habiéndole nombrado el rey D. Felipe I, gobernador del castillo de Burgos, quiso obsequiar á su soberano el día de la posesión con suntuosos festejos; siendo esto causa involuntaria del fallecimiento del rey acaecido en Burgos. Continuaba en la fortaleza de dicha ciudad D. Juan Manuel, á quien no pudo traer á su servicio D. Fernando el Católico, y decidido éste á dominar las rebeliones de la nobleza, consiguió que se rindiera el castillo, huyendo Don Juan Manuel y buscando refugio en la corte de Maximiliano, con el cual había estado en correspondencia. Calla la historia lo que sucedió después á aquel magnate, ó al menos no he encontrado su huella en el rápido estudio que de su vida he hecho para trazar estas líneas.

Mas si permaneció extraño á los acontecimientos políticos ocurridos durante la última parte de la regencia de Fernando el Católico y el reinado de Carlos V, á su patria volvería, y en el convento de San Pablo erigido por su bisabuelo en Peñafiel, quiso también dejar impreso su nombre mandando derribar el ábside correspondiente al lado del Evangelio para construir una nueva capilla, terminada en el año 1536, y escogiéndola para su enterramiento, según consta en la inscripción que rodea el alto de la capilla y que ya va copiada en la Crónica del viaje inserta en el Boletín anterior (1).

Si por fuera llamaba la atención la capilla de este ilustre procer, el interior es seguramente la gala y el ornamento más preciado de la iglesia de San Pablo. La riqueza decorativa propia del primer renacimiento español, domina por completo en las pilastras y en la archivolta del gran arco que comunica con la capilla mayor, ó en la pequeña y bellísima puerta que se halla enfrente y puede apreciarse por el fotograbado adjunto. Las columnas abalaustradas y los grutescos tallados sobre piedra con sus niños, bichas y adornos que los enlazan para formar un conjunto variado; los medallones colocados en las enjutas del arco más pequeño; los grupos de niños en las elegantes ménsulas de los ángulos ó á lo largo de la cornisa donde se grabó la inscripción conmemorativa; todo contribuye á

(1) Una hija de éste D. Juan Manuel y de D.^a Catalina de Castilla, llamada D.^a Mencía Manuel, falleció el año 1567 é hizo asimismo edificar una capilla para su entierro en el convento de Sancti-Spiritus de Valladolid.

dar á la capilla ese carácter fastuoso y atrayente que caracteriza el renacimiento de las artes, grato para los artistas y grato también para la masa general del público. Tanto es lo conservado en España de ese género, tal nuestro bagaje de Renacimiento

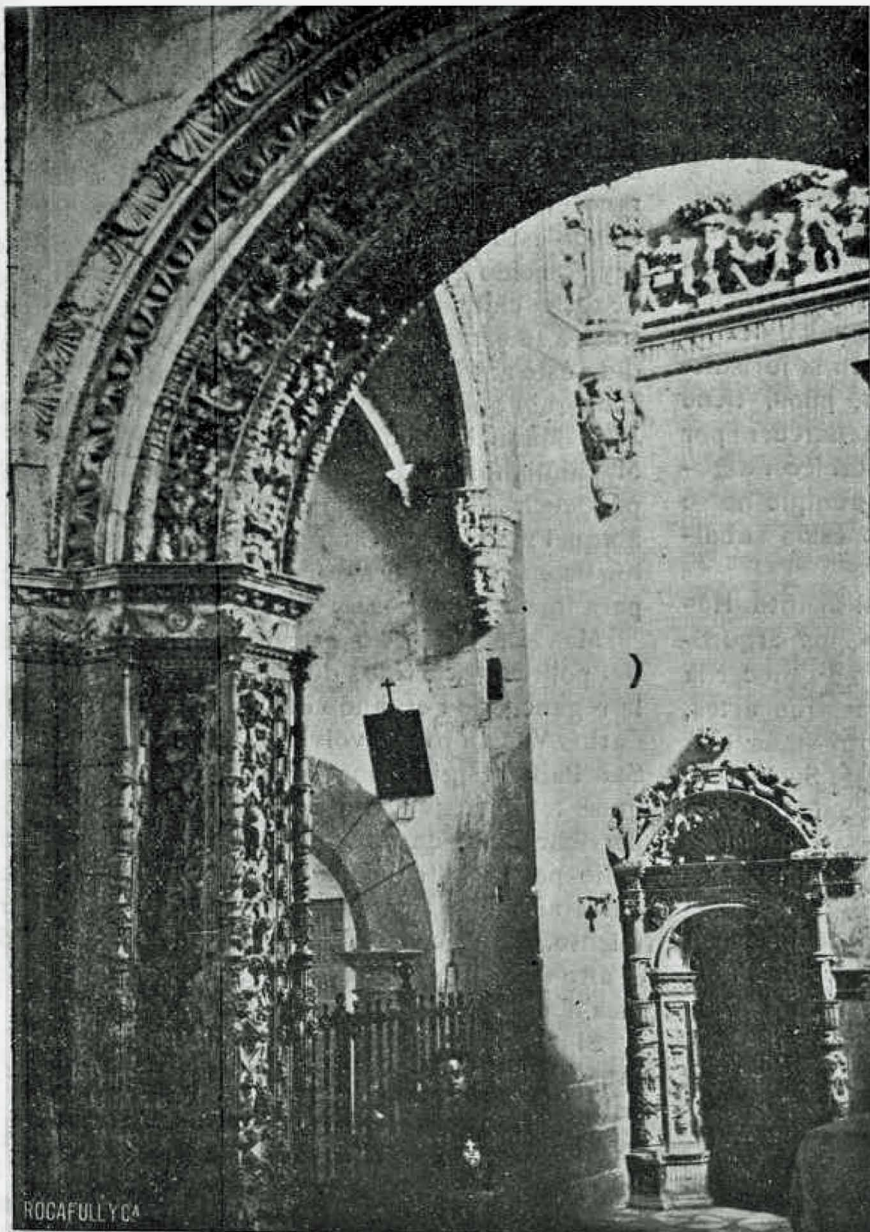
habilidad material que caracterizaba á aquellas legiones de modestísimos entalladores, maestros, oficiales ó aprendices, pues todos ponían mano en tan complicadas y prolijas obras.

Dentro de la capilla se experimenta la impresión, no por frecuente menos sensible, del destrozo, del asolamiento inculto. Las dos rejas que había, adivinanse por las señales de haber estado empotradas en los muros; el retablo ha desaparecido, pero indica también su primitiva existencia una gran moldura decorada que le servía de marco, dentro de cuyo espacio se hallaría un cuadro de pintura, sola ó combinada con imágenes de escultura, tal vez un tríptico ejecutado en Flandes por algún artista con quien hubiera estado en relaciones el amigo y privado de D. Felipe el Hermoso.

Nada queda de esto. Más huella ha dejado, aunque se contemple con amargura, el mausoleo destinado al fundador de la capilla. Consérvase solamente por desgracia, un trozo, un pedazo arrinconado, salvado no se sabe como por piadosa mano amante del arte y de la historia de su pueblo; allí está maltrecha la efigie del orgulloso caballero descendiente de infantes, de reyes y de santos; con su toisón al cuello, con las armas de los Manueles finamente grabadas en el traje, revelando haber sido notabilísima escultura. Y de la artística cama sepulcral únicamente dejaron un fragmento aunque bastante para dar idea de su disposición y de su ornato, pues está dividida en compartimentos por pequeñas columnas, con hornacinas é imágenes.

Dada la época á que corresponden estas obras, no sería extraño hallar escrituras de fundación, conciertos con artífices ú

otros indicios por los cuales se fuera conociendo la marcha de los sucesos; pero hasta ahora permanecen ignorados los documentos que puedan servir de guía.



PEÑAFIEL

INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PABLO
CAPILLA DE D. JUAN MANUEL, BIZNIETO DEL INFANTE D. JUAN MANUEL

(De fotografía de D. Pedro Escudero Rodríguez.
Proporcionada por D. Valeriano Valiente)

que á veces me pregunto cómo puede interesarnos de ese modo el conocer nuevos modelos de un estilo tan abundante en nuestra patria; es porque lo bello siempre es bello, porque la variedad de motivos es infinita, y pareciendo los mismos se renuevan sin embargo con espontánea originalidad; es también por la factura, por el sentimiento artístico y la



BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO I

Valladolid: Julio de 1903

Núm. 7

RECUERDO DE PEÑAFIEL

Ha dejado más de uno en nuestra memoria la hidalga tierra solar de los Manueles de la historia. En nuestra cartera de notas y en nuestra cámara de impresiones han quedado grabadas indeleblemente las que por ventura recogimos en esta población.

Hoy tenemos el gusto de ofrecer á los lectores la vista de una de las calles, la de San Miguel, que recorrimos en la última excursión, trabajo debido á todo un artista que se oculta anónimo tras la instantánea.



CALLE DE SAN MIGUEL Y TORRE DE SANTA MARÍA

La calle de San Miguel es de las más típicas y de fresco color por la inclinación que presenta y por las bellas guirnaldas de femeninas flores que la adornaban con ocasión de las ferias; pudiéramos llamarle *Scala caeli* porque condujo á los excursionistas desde la animación y vida local á la admiración del arte en la iglesia de Santa María, cuya torre corona el campo de la prueba fotográfica.

No hay para qué decir que el autor anónimo no dejó tiempo al grupo para arreglar las imperfecciones naturales de una marcha en pendiente, en la que el peso de los años rivalizó con la fogosidad de la juventud.

Lástima que no hubieran podido algunas lindas caras entrar en el foco de luz proyectado. Crueldades de la óptica y de severos artistas que no dejan coquetear ni siquiera en la estampa.

L. P. R.

LAS CUSTODIAS DE PLATA EN CASTILLA Y LEÓN

La custodia de la catedral de León

(Continuación).

Era algo más alta que la de Toledo (10 piés castellanos) y constaba de cinco cuerpos con el remate en forma de aguja, que llamó *obelisco* Ceán Bermúdez. La composición era parecida á las descritas, y para que no se nos tache de ilusos, copiamos el *bosquejo descriptivo* que de la obra de Arfe hizo Don Demetrio de los Rios (1), arquitecto restaurador de la *Pulchra Leonina*, deducido de las piezas de los cajones que se formaron con las alhajas condenadas á ser *amonedadas*. «Arrancando de planta exágona regular, los primeros cuerpos constituían el basamento ó *pedestal*; el tercero, sostenido en seis pilas de menudos baquetones, delante de los cuales había estribos ó *contrafuertes*, contenía el *Ecce-Homo*; ostentando el cuarto, de análoga composición, el viril con la forma, y por bóveda el *casarón rodeado de seis arbotantes*, sobre el cual se erguía la aguja calada en forma piramidal exágono. Este bello conjunto agrupaba graciosamente, figurando en su terminación *seis torrecillas* y otros *doce remates* pinaculares, enriquecida su decoración por colgantes, esquilas, ángeles y otras figu-

(1) *La Catedral de León*, t. I., pág., 175. (Madrid. 1895).

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO III

Valladolid: Agosto de 1905

Núm. 32

EL CASTILLO DE PEÑAFIEL

Grande es el número de castillos que España posee, de diferentes clases, formas y fechas, habiéndolos entre ellos notabilísimos, tanto por sus venerandos recuerdos históricos, como por su artística belleza, ruda y severa en unos, cual corresponde á su destino, elegante y gentil en otros por haber servido, más que á la defensa, á proporcionar mansión á reyes y magnates. Pero, desgraciadamente, la mayor parte de estos edificios véanse abandonados por sus dueños, muchos en ruinas, destruidos á veces por quienes debieran conservarlos, sirviendo de cantera á los pueblos inmediatos que utilizan para sus casuchas sus materiales de construcción, y de albergue á gente maleante.

Otra cosa acontece en el extranjero; en Francia, el Estado y los particulares han gastado sumas cuantiosas en conservar y restaurar sus castillos feudales; en Inglaterra, y sobre todo en Escocia, los castillos son uno de los principales atractivos del país; en Alemania bordean las riberas del Rin con espléndida guarnición de artísticos y bien conservados edificios diseminados entre vergeles.

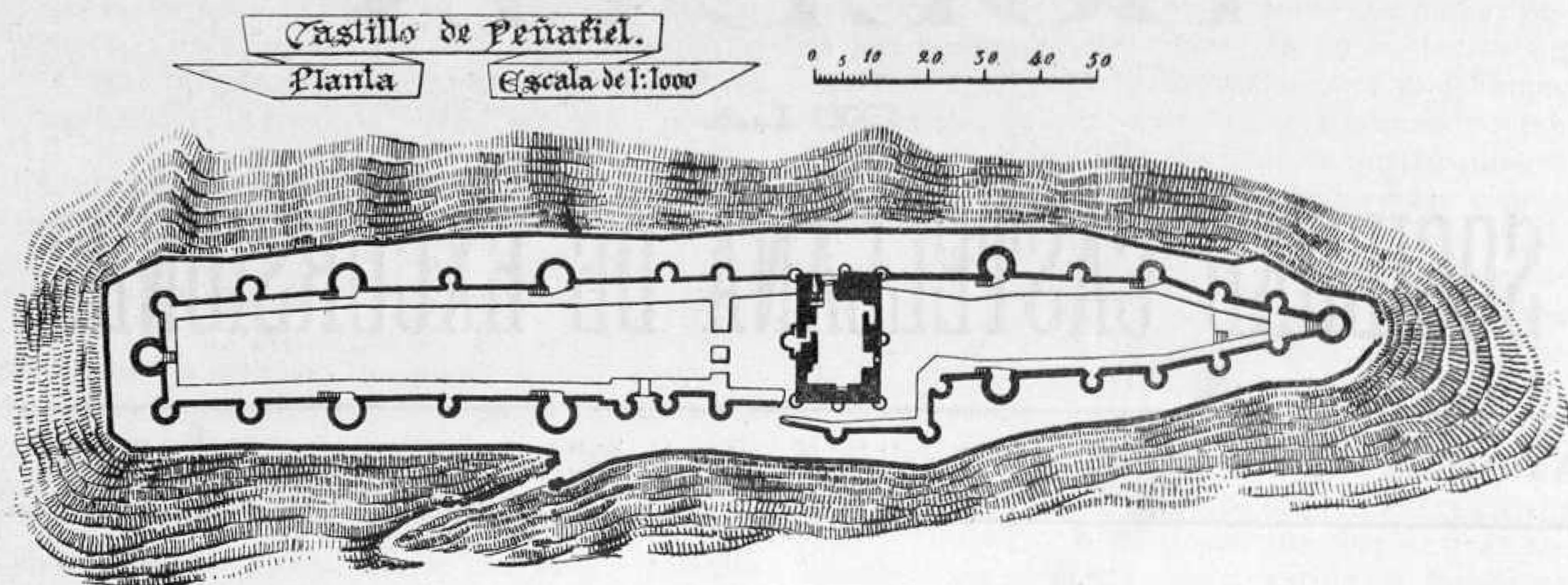
No ceden á aquellos muchos de los nuestros, ni en importancia desde los puntos de vista constructivo y estratégico, ni en belleza; y si bien hay algunos que han merecido el honor de la restauración, son tan escasos en número que el hecho apenas quebranta la regla general. Y hasta los que obtuvieron declaración de monumento nacional, si ruina eran, en ruina siguen.

Entre los más notables puede señalarse el castillo de Peñafiel, histórica villa, noble y solariega, plena de recuerdos históricos, teatro de gloriosos hechos y poseedora, á más del castillo, de interesantes documentos del arte arquitectónico.

Dominando á la población y al fértil valle regado por el Duero y el Duratón, yergue el castillo su arrogante mole, enhiesta sobre empinado cerro, con planta de tan singular traza que semeja á gigantesca nave encallada en lo alto de la montaña, cual sobre la cumbre del monte Ararat quedara inmóvil, después del Diluvio, el Arca simbólica de Noé.

Si á narrar fuera su historia con el detalle que merecen los hechos de que fuera teatro, adquiriría este artículo desmesurada proporción y se alejaría de mi propósito. Por esto no hablaré de su fundación, á principios del siglo XI, por el conde Don Sancho García, ni de su reedificación, en el XIV, por el llamado infante Don Juan Manuel, y la de la Torre del Homenaje durante el reinado de D. Juan II. No mencionaré sus méritos como alcázar señorial de los Villenas y los Girones, cuyo escudo ostenta, ni como cuna del infortunado Príncipe de Viana; ciudadela del batallador Don Diego Gómez de Sandoval; sepulcro de un Trastámara; casa solariega de Príncipes reales; prisión del Conde de Benavente y cámara imperial del tan discutido gran Maestre de Calatrava D. Pedro Girón; sin contar otro gran número de sucesos, plácidos unos, otros terribles, de que fueron mudos testigos aquellos hoy vetustos muros, los cuales, en fuerza de su excelente construcción, resisten á las devastaciones del tiempo y de los hombres.

Ocupándome, pues, solamente en dar ligera idea del valor de este edificio, desde el punto de vista artístico en general, es decir comprendiendo el estratégico y el constructivo, haré notar desde luego, que la forma alargada de su planta, semejante, como antes dije, á la de un gran buque moderno, con sus arqueadas bordas, la proa mirando al Norte y la



popa al Sur, se ciñe, como siempre acontece en este linaje de construcciones, á la de la meseta que corona el cerro en que el castillo se asienta, cerro cuya cresta debió ser desmontada para obtener un plano de edificación. Y esto se efectuó en tales términos que al muro de contención del primer recinto ó paseo de ronda, acometen las escarpas del dicho cerro, haciendo muy difícil el asalto, por no ofrecer espacio alguno para el ataque, ni facilidad para la subida, y menos para la instalación de los artefactos y máquinas empleados entonces por los sitiadores.

A este primer recinto, constituido por robustos muros donde faltan las almenas, éntrase por una sola puerta, única para todo el castillo, situada normalmente á la línea de su fachada oriental, ó sea al lado opuesto de la villa, flanqueada por dos cubos ó torreones salientes para su defensa, y coronada por un matacán del cual solo los canes se conservan.

El castillo propiamente dicho que mide unos 210 metros de longitud por 20 de anchura máxima, terminando en ángulo agudísimo por el Norte, está formado por cortinas de 10 á 15 metros de línea, separadas por cubos y torres de planta circular, que se destacan de aquellos unos dos tercios de sus respectivos diámetros, siendo estos de dos tamaños, que alternan y varían entre 2,30 y 5,50 metros. Estos cubos se corresponden en ambas fachadas (los de Oriente y Poniente), alzándose también en los ángulos y en el centro de la pequeña fachada al Mediodía, ó sea la *popa* del imaginario buque.

Las expresadas torres exceden en altura á las cortinas, subiéndose á sus plataformas por escalinatas de piedra que arrancan en los adarves, y algunas de ellas están cubiertas con bóvedas esféricas de cantería primorosamente labradas. Próxima á la fachada del primer recinto está la del castillo, también flanqueada de cubos y defendida por matacanes, existiendo además una poterna inmediata á la Torre del Homenaje.

No precisamente en el centro del edificio, sino unos 15 metros más al Norte y precedida de un recinto, de que solo resta un muro con dos puertas, yérguese esta soberbia torre, gallarda construcción que mide en su planta 20 metros por 14, con muros de 3,50 metros de espesor, y altura de 34, en la cual campea, vigorosamente esculpido en sus frentes, el blasón de los Girones, y está coronada por ocho torrecillas ó pequeños cubos colgados en los ángulos y centros de sus lados, terminados inferiormente por estrechos anillos en retirada. En el sentido de su altura, está actualmente dividida en dos compartimientos ó estancias cubiertas con sendas bóvedas; pero, tanto por la disposición de las ventanas, como por los mechinales que se observan en los muros, debió tener un piso intermedio constituido por maderos. Sobre la bóveda superior, que es de cañón seguido, se asienta una enlosada azotea, con parapeto y almenas, desde la cual se domina el pueblo, á los pies del cerro, el valle con los ríos que le riegan, y dilatada campiña con pueblos y accidentes, todo lo cual constituye un admirable panorama de muchas leguas de contorno, deleite de la vista y prueba de la admirable situación del castillo para dominar tan vasta extensión de terreno.

A esta azotea y á los diferentes pisos de la torre, se sube por angosta escalera de piedra embebida en el grueso del muro; las estancias reciben luz por ventanas no muy grandes y solamente en número de dos por cada piso, conservándose la reja de la de Poniente; y, finalmente, la entrada á esta torre, segun los vestigios que se notan, debió verificarse por un puente levadizo ó, mas bien, por uno de aquellos tableros llamados *portæ labiles*, cuyo mecanismo es, hasta ahora, desconocido.

Los dos grandes y alargados patios, ó plazas de armas, que se ven á ambos lados de la Torre del Homenaje, están hoy desprovistos de construcciones; pero, por señales en los muros, se deduce que debieron existir algunas, las necesarias para albergue de

soldados y servidores, y no faltan ni el algibe para el agua potable, ni los subterráneos, en comunicación acaso con lo exterior, ni los lúgubres *in pace*.

Pero, lo más admirable de este castillo es lo perfecto de su construcción, toda de blanca cantería caliza de Campaspero, aunque algo oscurecida por la pátina del tiempo, de labrado y regular sillarejo en las cortinas, y de sillería en los cubos y torres, coronadas estas por airosas cornisas de barbacanas formadas por dobles canecillos sostenientes de arcos semicirculares, que producen el mejor efecto, y siendo la labra de estos coronamientos, la de los curvos sillares, la de las cúpulas de los torreones, escaleras helizoidales, almenas y otros detalles, tan esmerada como pudiera hacerse hoy por los más hábiles canteros, sin que falten en los sillares las siglas ó marcas de los que los labraran.

¡Lástima grande que haya desaparecido el almenaje con sus rasgadas saeteras en los merlones! pues, á juzgar por lo poco que hoy se conserva de esta coronamiento, estaba perfectamente labrado y constituiría digno remate de tal edificio.

Por lo dicho se comprende que este es un ejemplar notabilísimo del arte arquitectónico militar de la Edad Media, correspondiente al primer periodo del estilo ojival germano con reminiscencias del románico, y el cual, á sus excelentes condiciones estratégicas y constructivas, reúne una belleza artística que le distingue entre sus similares.

Más que ruda fortaleza, parece el castillo de Peñafiel elegante mansión señorial soñada por un poeta; é iluminado por la luna, solo, enhiesto en la altura cual centinela vigilante, guardador de recuerdos y restos de pasados tiempos, su aspecto es fantástico é impresiona melancólicamente al alma soñadora que cree escuchar el tañer del laud de amante trovador, y le parece ver agitarse, en la reja de la Torre del Homenaje, el blanco cendal de la Castellana.

Signo de cultura de los pueblos es procurar la conservación de estos edificios, no mutilándolos ni profanándolos, sino reparándolos en cuanto sea posible, pues el Estado no puede atender debidamente á todos los que lo merecen; y, si bien es muy probable que este sea declarado monumento nacional, á lo cual habrá contribuido la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con el informe que oportunamente elevó á la Superioridad, de esperar es que la villa de Peñafiel, sin necesidad de excitaciones ni de extraños auxilios, ó bien ayudando á estos, sabiendo apreciar el valor de su castillo, cuide con esmero de su conservación.

De este modo, además de demostrar su ilustración y cordura, se hará acreedora á las alabanzas y agradecimientos de los artistas y los arqueólogos.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.



BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XII

Valladolid: Diciembre de 1914.

Núm. 144

LA EXCURSIÓN Á PEÑAFIEL

SÍMBOLOS Y REALIDADES

No es la hermandad excursionista gente que se arreúre porque el cielo aparezca hosco y la temperatura llegue á bajezas impropias de una temperatura castellana. El domingo 15 nos ofreció nuestra benemérita Junta una excursión á la vieja villa de Peñafiel y allá fuimos unos cuantos amantes del turismo, no sé si lanza en ristre, porque á varios no se nos veía la punta, pero sí con el ánimo fuerte, dispuestos hasta devorar un lechoncillo de los que tan artísticamente asan las buenas cocineras de la peñafilesca reunión.

Despuntaba el alba en un amanecer tristón y lúgubre cuando íbamos llegando á la estación hasta nueve congregantes bien enfundados en gabanes y bufandas, pateando y no de gusto, y trayendo sobre sí, algunos, los chismes indispensables de fotografía, pintura, poesía y guerra, ya que en los atributos de esta última entran también los gemelos prismáticos.

Éramos el Presidente D. Juan Agapito y Revilla, el Tesorero, vulgo ministro de Hacienda, D. Mario González Lorenzo, D. Eustaquio Sanz

Tremiño, D. Ladislao Pinillos, D. Francisco Sabadell, D. Alfredo Basanta, D. Emilio Mochales, D. Mariano Bayón Contreras, y el cronista servidor de ustedes, á quien le dieron el mochuelo de llenar unas cuartillas con la reseña de la excursión.

¡Y gracias á los caloríferos del tren puedo llenar esa misión, que si no!...

* * *

Viajar por Castilla en pleno Noviembre, con las primicias de un invierno precoz es evocar un poquitín de la estepa siberiana. Los mismos campos ateridos, los mismos árboles entecos, la misma desabriedez del suelo, si no blanco, porque aquí aún no había caído la nieve, ceniciento por la escarcha y moteado por la greda que á veces también nos da la sensación de la nieve.

El vaho de la locomotora se cuelga de las ramas de los pinos aferrándose á la retama, formando gasas y arabescos, tardando en esfumarse

tanto cuanto más caliente sale el formidable alien-to y más fría es la temperatura ambiente.

Apenas si á un lado y otro de la vía aparecen figuras mañaneras bien envueltas en la manta ó el capote. La capa clásica de Castilla, parda como los cabones de la estepa va desapareciendo. No quedan ya de ella sino contadas excepciones. Y es que á la vez también desaparece la industria del paño de Bernardos, segoviana urbe encargada en lo antiguo de tejer aquel prodigioso trapo que no se empapa aunque llueva á cántaros, ni se deja penetrar por el cierzo de Enero ni por el sol de Julio.

Todo esto desaparece ¡ay! como desaparecen las indumentarias peculiares de las regiones, como desaparecen los cantos populares, como desaparece la idiosincrasia castellana; todo ello se rebuja con el medio ambiente, como el vaho de la máquina y apenas si muestran girones colgados de las muertas ramas de nuestra foresta nacional.

No busquemos ya la nota pintoresca: la hemos perdido al paso que cruzan por la carretera los *autos* veloces. La civilización avanza y la raza se difumina. Esto es todo.

* * *

Campos de remolacha, verdaderas fuentes de glucosa y vagones llenos de la dulce raíz (¿es raíz, es tubérculo?) averigüelo Revilla que lo averigua todo, desde la casa en que vivió Berruguete hasta los gubiazos que tiene el retablo K de la capilla de X.

Nos distraen el camino la graciosa charla de nuestros compañeros y el movimiento agrícola de las estaciones en que la remolacha campa. Y llegamos á Peñafiel envueltos en niebla espesa que nos oculta el Castillo famoso. Pinteá un poquitín, porque la niebla es *meona* y en la estación de la vieja villa nos aguardan el oficial primero de la Secretaría municipal, en nombre del Alcalde, y el alguacil del Concejo, especie de Cicerone amable que ha de abrírnos aquí y allá el paso á todas las curiosidades de Peñafiel.

De la estación al Hotel moderno, cuyo dueño el gran Nicomedes nos ofrece el clásico almuerzo de Castilla. Pares de huevos.

Y hay señor que á la llegada se empeña en no probar los productos de las gallinas peñafiel-lescas y otros que, en cambio aspiran á llevarse dos ó tres pares.

¡Buena falta nos estaban haciendo, como al país en masa!

* * *

¿Qué habéis visto en Peñafiel? me preguntaréis al notar que llevo ya no sé cuantas cuartillas y aún no he entrado en materia.

Bueno, no impacientarse, que allá va. La diosa Posteridad no ha de quedarse con las ganas de conocer nuestras proezas y aquí han de perpetuarse estampaditas por los siglos de los siglos para que los futuros croniqueros no tengan que romperse la cabeza averiguando por nigromancia lo que en Peñafiel hicieron estos excursionistas.

Por de pronto visitamos la iglesia de San Pablo, del Convento de dominicos, hoy disfrutado por los Pasionistas. Hay en ese Convento un patio que sería bellissimo si no tuviera tapiados casi todos sus ventanales de ojival arquitectura. D. Juan no hace gran caso de ella y yo cronista reverente paso de largo, sin hablaros de ménsulas, archivoltas, capiteles y demás garambainas. Vamos á la iglesia.

Si os dijera que en ésta no hay cosa mayor que la primorosa capilla de los fundadores (1) y el ábside, no diría nada demás. Esta capilla está malamente destrozada por un altar central del peor gusto y absolutamente fuera de época. Como este chafarrinón hay muchos en Castilla (2).

(1) La actual capilla, precioso ejemplar del Renacimiento, terminada en 1536, fué hechura de D. Juan Manuel, favorito de D. Felipe I el Hermoso, sucesor del infante D. Juan Manuel, el autor de *El Conde Lucanor*.

El fundador del Convento fué este infante, en el siglo XIV, y de su época se conservan el ábside de la capilla mayor y el de la nave de la Epístola, conjunto hermosísimo de un arte español por excelencia: mudéjar muy influido del mahometano.

(2) En esa capilla y en ese altar se guardan los restos de la beata Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán.

En fin, las primorosas labores de la piedra nos hacen recordar las filigranas de la catedral burgalesa, y ello nos indemniza del dichoso armatoste central.

En el fondo de la capilla se abre la puerta del caracol que los frailes reputan como una cosa maravillosa.

Nos abismamos en la negrura de la estrechísima espiral y dando vueltas y más vueltas subimos hasta 89 escalones. De improviso se acaba la escalera y se abre el muro para dar paso á una terraza de un metro, á 20 de altura y sin barandilla. ¡Un hermoso final para una tragedia!

Hemos visitado á continuación las iglesias que no ofrecen ningún saliente detalle, Santa María, San Miguel, el Salvador y alguna otra. Vamos tras un cuadro que luego resulta una infima tabla ó lo que sea. En cambio D. Juan hace conocimiento con un viejo retablo en alto relieve, malísimamente conservado, que atribuye á un prodigioso escultor de los que en Valladolid dejaron más admirables obras. Otro retablo también hermosísimo por la forma y la buena ejecución hace llenar de notas el cuaderno de Revilla (1). Yo no las tomo porque no entiendo casi nada de estos achaques artísticos. Lo bello me parece bueno y nada más. Por eso me parecen bonísimas, óptimas, las chicas de Peñafiel, capaces de dar tentaciones á todos los San Antonios posibles.

Nos recibe el Alcalde en la casa del pueblo para darnos la bienvenida, y desde allí vamos á recorrer la villa, cruzando calles en las que hay mayor animación que de ordinario. Un momento después de las doce suena la fusilería del pirotécnico municipal anunciando que comienza la feria de la población (yo supongo que será la

feria de los tostones), toca alegre la música con igual perfección que si la dirigiera Arrieta y se lanzan á la plaza grupos de mujeres que suplen las flores de que está exhausto el campo.

En un coche un artista de la palabra, orador callejero vende no sé qué cosas, asistido por dos niñas vestidas de verde y arrecidas de frío que juegan con grandes lagartos y les miman y les acarician. El pueblo bonachón admira á las chicas propietarias de las sabandijas y de paso compra, compra, ya el elixir, ya la maravillosa pastilla, ya el milagroso bálsamo, ya el *agua tofana* del cúralo todo. No va mal servido el pobre pueblo: si no compra saludes, por lo menos compra esperanzas.

La plaza del Coso nos trae á la memoria las gentiles aventuras de cañas y lanzas. Hoy es la plaza de toros de Peñafiel; con sus galerías en todas las casas y todos los pisos, y sus burladeros en todas las paredes de las plantas bajas.— ¡Si supieran ustedes cómo está esto el día de los novillos!— exclama orgulloso el alguacil. Y efectivamente aquello debe estar bestialmente hermoso.

Al volver á la fonda en busca del rancho correspondiente nos sale al paso el pregonero, el clásico pregonero castellano, gran redoblante y supremo cortesano. Arrea al parche de firme durante un momento, se quita la gorra que cuidadoso deposita sobre el tambor, se pasa la mano izquierda por los labios, empuña con la derecha un papel con amarilleces de covachuela y grita el pregón, un pregón propio de Castilla.

Que si el ministro tal, que si hay quien debe al Pósito desde hace más de diez años, que si el Estado quiere ser benévolo y concede á los tramposos un plazo para ponerse al corriente con ciertas ventajas. Todo como en los dichosos tiempos de Carlos II el hechizado.

Castilla hoy es eso, una inmensa trampa adelante. Toda la solicitud de los Gobiernos se limita á conceder prórrogas para que sude la exhausta ubre. ¡Protección, dinero! Dios lo dé.

Y á mí se me ocurre preguntar qué pensarán en Madrid de estos pobres labradores que en diez años no han tenido una peseta para pagar sus débitos, y en año como éste de los más cala-

(1) De esos detalles escultóricos dará cuenta algún día, así que reciba unas notas que ha pedido á los curas de las iglesias, nuestro amigo Sr. Agapito y Revilla.

mitosos, quieren que sude bajo la presión oculta de una moratoria que parece una irrisión.

Esto, señores, es también pura arqueología.

Rendidos de cansancio comemos bien, animados por los ojos de dos lindísimas camareras, y luego ¡al Castillo!

Al Castillo, sí, aunque echemos el pulmón por la boca, que al cronista poco le falta.

Háse despejado el cielo un tanto y luce el sol, pero el viento terral es fortísimo y frío. Subir al Castillo en estas condiciones es realizar un esfuerzo de colosos; siempre azotados por la ráfaga que hace vacilar; siempre vencidos por la áspera cuesta, en cuyos rápidos descensos se siente el vértigo.

Haciendo oposiciones al asma llegamos arriba y subimos á la torre del homenaje, imponente mole que se conserva como si hubiese sido hecha ayer. Y arriba ¡qué placidez! Estamos á 120 metros sobre Peñafiel y la racha huracanada no sube á aquellas altitudes, se queda rugiendo á nuestros pies.

Desde allí se dibuja á maravilla la pintoresca población, surcada por el río que la divide: las iglesias parecen juguetes de *biscuit* y la muchedumbre hormiguero en primavera.

El Castillo como si su torre del homenaje fuese el palo mayor de un soberbio acorazado moderno, muestra á un lado y otro sus largos recintos, proa y popa de la inmensa nave que ocupa toda la colina. Es lástima que no se procure conservar mejor esta fortaleza que es una

bellísima muestra del viejo feudalismo (¿era feudalismo?) castellano (1).

Allí, entre las altas murallas, protegidos del viento, tiro de librote para leer unos cuantos versos de mi poema *El Conde Ansúrez*. ¡Qué creían estos excursionistas, que no me iban á pagar el honor de la crónica que me endilgaron? Se fastidian, porque les coloco los versos: aunque me emplumen.

Revilla cree (y yo también) que los hechos del poema son anteriores á este Castillo. ¡Ya lo creo que lo son, pero es indudable que este Castillo, más chico ó más grande antes de la restauración ocupaba la eminencia! El escenario, pues, es próximamente el mismo.

Por aquí pasaron las sombras de D.^a Urraca de Castilla, del Conde Ansur y del galante Fernán González. No sé si algún día los bastiones de Peñafiel me darán lugar á un cachito de drama histórico. ¡Veremos!

Tras de los versos funciona la máquina fotográfica y ya entre dos luces volvemos á la estación para regresar en un tren que no llega nunca.

Hemos entrado en el coche allá por los tiempos de D.^a Urraca y llegamos á Valladolid en pleno siglo del aeroplano.

¡Ya es tardar!

DARÍO VELAO

Valladolid 20 Noviembre 1914.

(1) Del famoso Castillo se publicó un estudio concienzudo, bajo los aspectos artístico é histórico, del académico D. Enrique M. Repullés y Vargas, en nuestro BOLETÍN, t. II, pág. 157.

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD CASTELLANA DE
EXCURSIONES

Castilla artística e histórica

ÓRGANO DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y
ARTÍSTICOS DE LA PROVINCIA Y DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS CASTELLANOS

MONUMENTOS NACIONALES DE CASTILLA

EL CASTILLO DE PEÑAFIEL

Al Excmo. Sr. Subsecretario del Ministerio de Instrucción
Pública y Bellas Artes.

Madrid 5 de Julio de 1900.

Excmo Sr.:

Esta Real Academia, en cumplimiento de la orden de V. E. pidiéndola informe acerca del mérito artístico del Castillo de Peñafiel (Valladolid), para que sea declarado Monumento nacional, tiene el honor de manifestar á V. E. lo que sigue: Número grande de castillos posee España y, entre ellos, los hay notabilísimos, no solo por sus venerandos recuerdos históricos, sino por su artística belleza, ruda y severa en unos elegante y gentil en otros. Pero, desgraciadamente y al contrario de lo que acontece en países extranjeros, la mayor parte

de estos edificios yacen abandonados, medio destruídos por haber servido de cantera á los pueblos inmediatos, y sus ruinas son frecuentemente albergue de gente maleante.

Aparte de las Murallas de Ávila y Tarragona, y de dos Puertas de las de Zamora, solamente los Castillos de San Servando en Toledo, de Mormojón en Palencia y de Cumbres Mayores en Huelva, han obtenido el honor de ser declarados monumentos nacionales, y esto más bien ha sido debido á su valor histórico que al artístico; existiendo otros como, por ejemplo, los de Coca y Cuéllar que, por este último concepto, bien merecían aquella distinción, como la merece el de *Peñafiel*, el cual, dominando la histórica villa de este nombre y el fértil valle regado por el Duero y el Duratón, yérguese arrogante sobre empinado cerro y, por la singular forma de su planta, semeja á gigantesca nave encallada en la montaña, cual sobre la cumbre del monte Ararat quedara el Arca simbólica de Noé.

Como no es misión de esta Real Academia avalorar el interés histórico de este Castillo, pues su hermana la de la Historia tiene tal cometido, no ha de tratar aquella de su fundación por el Conde Sancho García, á principios del siglo XI, de su reedificación en el XIV por el Infante D. Juan Manuel y la de la Torre del Homenaje durante el reinado de D. Juan II; ni mencionará sus méritos como Alcázar señorial de los Villenas y los Girones (cuyo escudo ostenta), ni como cuna del infortunado Príncipe de Viana, ciudadela del batallador don Diego Gómez de Sandoval, sepulcro de un Trastámara, casa solariega de príncipes reales, prisión del Conde Benavente y Cámara nupcial del discutido gran maestro de Calatrava don Pedro Girón; sin contar otro gran número de sucesos ya terribles, ya plácidos de que fueron mudos testigos aquellos hoy vetustos muros, los cuales, en fuerza de su excelente construcción, no se han desmoronado ya, por más que para conseguirlo hayan trabajado de consuno el tiempo y los hombres.

Así, pues, solo se ocupará en dar ligera idea del valor de este edificio desde el punto de vista artístico en general, es decir, comprendiendo el estratégico y el constructivo.

La forma alargada de su planta, que, como queda dicho,

parece la de un gran buque moderno, con sus arqueadas bordas, la proa mirando al Norte y la popa al Sur, se ciñe, como acontece en todo este linaje de construcciones, a la de la meseta que corona el cerro en que se asienta, cuya cresta debió ser desmontada para obtener un plano de edificación, en tales términos que, al muro de contención del primer recinto o paseo de ronda, acometen las escarpas del monte, haciendo muy difícil el asalto, en aquellos tiempos, por no ofrecer espacio alguno para el ataque, ni facilidad para la subida y colocación de los artefactos y máquinas empleadas entonces por los sitiadores.

A este primer recinto, formado por robustos muros donde faltan las almenas, se entra por una sola puerta, situada normalmente a la línea de fachada oriental del edificio, o sea al lado opuesto de la villa, flanqueada por dos cubos salientes para su defensa y coronada por un matacán del cual sólo los canes se conservan.

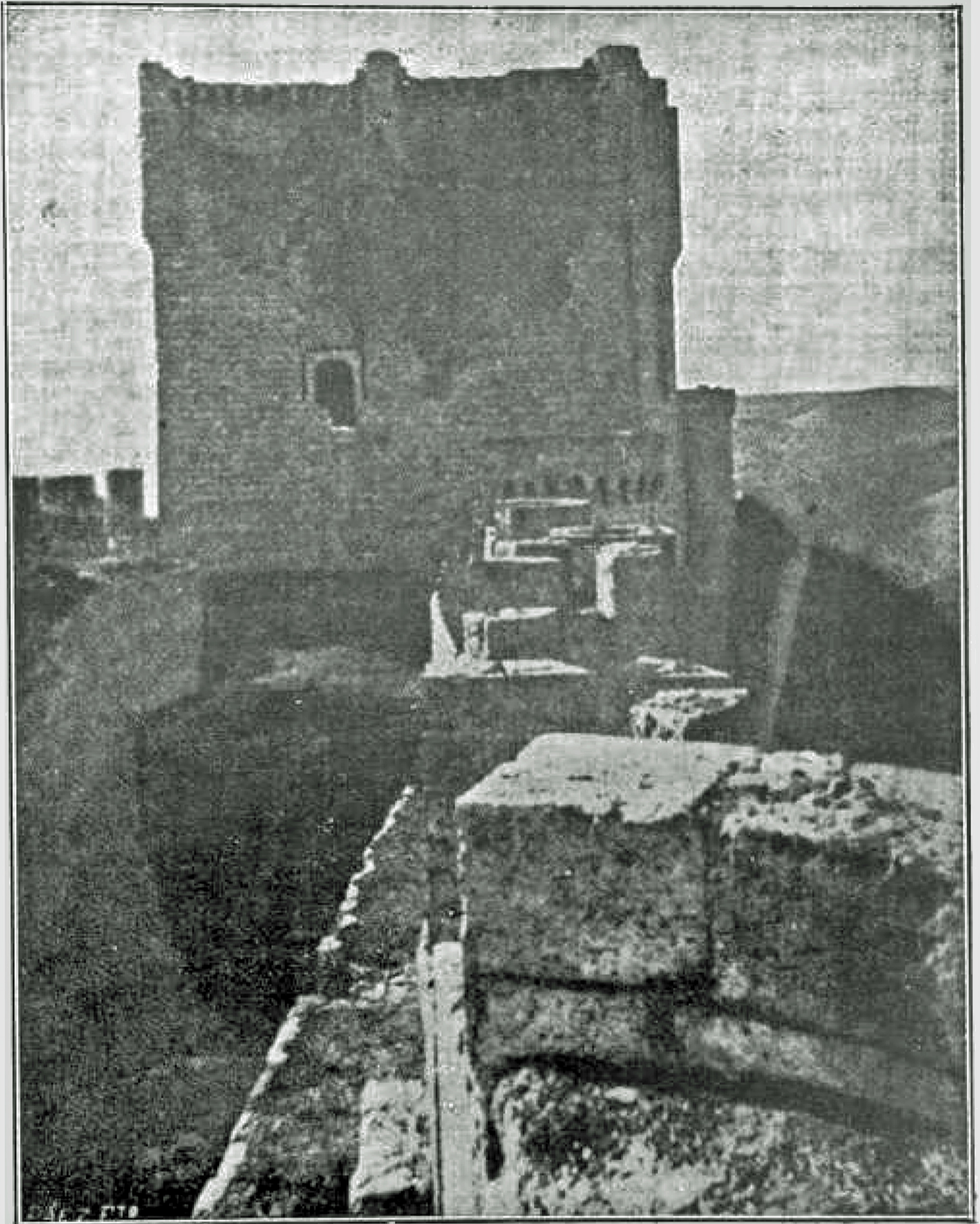
El Castillo propiamente dicho, que mide próximamente 210 metros de longitud por 20 de anchura máxima y termina en ángulo agudísimo por el Norte, está constituido por cortinas de 10 a 15 metros de línea, separadas por cubos de torres de planta circular que destacan unos dos tercios de los diámetros, siendo estos de dos tamaños que alternan y varían entre 2 metros 30 y 5 metros 50. Estos cubos se corresponden en ambas fachadas, alzándose también en los ángulos y en el centro de la fachada al Mediodía, o sea la popa del imaginario buque.

Las expresadas torres se elevan sobre las cortinas, se sube a sus plataformas por escalinatas de piedra que arrancan en los adarbes, y están algunas de ellas cubiertas con bóvedas esféricas, de cantería, primorosamente labradas.

Próxima a la puerta del primer recinto, está la del Castillo, también flanqueada por cubos y defendida con matacanes, existiendo además, una poterna inmediata a la Torre del Homenaje.

No precisamente en el centro del edificio, sino unos 15 metros más al Norte y precedida de un recinto de que sólo queda un muro con dos puertas, elévase esta soberbia torre, gallarda construcción que mide en su planta 20 metros por 14, con muros de 3 metros 50 de espesor y altura de 34, en la

PEÑAFIEL (Valladolid)



TORRE DEL HOMENAJE DEL CASTILLO

cual campea, vigorosamente esculpido, en sus frentes, el blasón de los Girones, y está coronada por ocho torrecillas o pequeños cubos colgados en los ángulos y centros de sus lados, terminados inferiormente por estrechos anillos en retirada. En el sentido de su altura está actualmente dividida en dos compartimientos o estancias cubiertas con bóvedas; pero, tanto por la disposición de sus ventanas, como por los mechinales que se observan en los muros, debió tener un piso intermedio constituido por maderos. Sobre la bóveda superior, que es de cañón seguido, se asienta una enlosada azotea con parapeto y almenas; desde la cual se domina el pueblo a los pies del cerro, el valle con los ríos que le riegan y extensísima campiña con pueblos y accidentes, constituyendo un admirable panorama de muchas leguas de contorno. A esta azotea y a los diferentes pisos de la Torre se sube por estrecha escalera embebida en el grueso del muro; las estancias reciben luz por ventanas no muy grandes y solamente dos por piso, conservándose la reja en la del Poniente; y, finalmente, la entrada a esta Torre, según los vestigios que se observan, debió verificarse por medio de un puente levadizo, o más bien por uno de aquellos tableros llamados *portæ labiles*, cuyo mecanismo es hasta ahora desconocido.

Los dos grandes y alargados patios, que actualmente se ven a ambos lados de la Torre del Homenaje, están desprovistos de construcciones; pero, por señales en los muros, se deduce que debieron existir las necesarias para albergar soldados y servidores, y no faltan ni el algibe, ni los subterráneos de comunicación, tal vez con el exterior, ni los lúgubres *in pace*.

Pero lo más admirable de este Castillo es lo perfecto de su construcción, toda de blanca cantería caliza de Campaspero, algo obscurecida por la pátina del tiempo, de labrado y regular sillarejo en las cortinas y de sillería en los cubos y torres, coronadas estas por airosas cornisas de barbacanas formadas por dobles canecillos sosteniendo arcos semicirculares, que producen el mejor efecto, y siendo la labra de estos coronamientos, las de los curvos sillares, las de las bóvedas esféricas de los torreones, escaleras helizoidales, almenas y otros detalles, tan esmerada como pudiera hacerse hoy por los más

MONUMENTOS NACIONALES DE CASTILLA

EL CASTILLO DE PEÑAFIEL

Informe de la Real Academia de la Historia.

Ilmo. Sr.: Dada cuenta a esta Real Academia de la Historia de la atenta comunicación de V. I., interesándola emita su informe acerca de la declaración de Monumento Nacional solicitada para el Castillo de Peñafiel (Valladolid), ha acordado exponerlo a la consideración de V. I., en los siguientes términos:

Se trata de uno de esos monumentos enclavados en la región secular que a la abundancia de ellos debe su nombre histórico-geográfico, y que en el blasón de España se representa con un simbólico castillo. Como en muchos casos la historia de la villa de Peñafiel se reconcentra en la de su castillo, alma y razón fuerte de su briosa existencia en los siglos medios. Fundárala o la repoblara Rui Laínez, compañero de su primo Fernán González en las correrías con que este Conde de Castilla arrancó esa región a los moros, que al mando de Almanzor la recobraron luego, o bien conquistárala, como se piensa con más visos de certidumbre, el Conde Sancho García en 1013, ello es que a éste se atribuye la creación en aquel lugar fronterizo de un castillo, se supone que el actual, y no importa si «mejor situado que otro más antiguo», del que sólo queda la memoria, como escribe un historiador moderno ¹; el cerco de murallas con que aseguró la defensa de la villa, el fuero que la dió y juntamente el nombre de Peñafiel que conserva, mudándole por el de *Peña-Falcón* que tenía ².

El Sr. Ortega y Rubio, de quien tomamos estas noticias sacadas de las crónicas, escribe al propósito que nos interesa:

(1) *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, por D. Juan Ortega y Rubio.—Tomo II. Valladolid, 1895; p. 232.

(2) V. *Crónica-rimada de las cosas de España. Biblioteca de autores Españoles*. Tomo xvi, apéndice iv, p. 651; y *Memoria histórica de Peñafiel*, Por D. José de Pazos, Salamanca, 1880, p. 49.

«Dícese son obra de D. Sancho la *torre del reloj* contigua al Hospital de la Santísima Trinidad; el actual *castillo*, reedificado más tarde por el Infante D. Juan Manuel y diferentes trozos de muralla»¹.

No importa a nuestro objeto esclarecer todos estos puntos; pero sí consignar que Peñafiel, por ser lugar fortificado, fué centro y teatro de importantes sucesos.

Allí, según parece, se reunieron Fernando I y Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, para su expedición a Portugal; allí en tiempo de Alfonso VI se defendió heroicamente Alvar Yáñez de Minaya, señor de la villa, de un asalto de los almoravides, que no lograron rendirla; allí en 1112 D.^a Urraca, esposa del Rey de Aragón don Alfonso I el *Batallador*, tuvo a este cercado hasta que por mediación de un legado del Papa se hizo la paz entre ellos; allí estuvo Fernando III el Santo en 1222.

Y a esto hay que añadir que D. Alfonso *El Sabio*, en los años de 1256 y 1264, otorgó varias franquicias a los caballeros del pueblo de Peñafiel, protegiéndoles a título de *Concejo de Extremadura*, esto es, fronterizo².

Pero el hecho capital en la historia de Peñafiel y de su castillo es que la villa dejó de pertenecer a la Corona en 1282, por donación que de ella hizo Sancho IV a su tío, hermano de su padre, el *rey sabio*, el Infante D. Manuel, para su hijo recién nacido Juan Manuel, el cual al heredar los estados paternos escogió por cabeza de ellos y por residencia a Peñafiel.

La interesante figura histórica de D. Juan Manuel, orgulloso magnate ávido de dominio, guerrero esforzado y turbulento, hombre de letras e insigne cultivador de ellas, habiéndole granjeado justa fama sus libros, entre los que sobresale el de *El Conde Lucanor*, se nos muestra como poderoso Señor de Peñafiel y de su castillo, en él recibió y hospedó el joven Infante a su primo el Rey D. Sancho, que pasó en su compañía la Pascua de Navidad en 1294 y volvió al poco con la Reina D.^a María de Molina.

D. Juan Manuel, Adelantado de Murcia, Mayordomo mayor de D. Fernando IV, quien receloso de su valimiento le persigue y amenaza, figura como actor principal en las turbu-

(1) *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, p. 255.

(2) *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, t. II, pág. 255.

lencias de aquel reinado y en las aún mayores de la minoría de D. Alfonso XI, disputando la tutela y gobernación del reino a la misma D.^a María de Molina.

Toma por sí el Gobierno D. Alfonso, y como se mostrase en actitud rebelde, D. Juan Manuel, por haber advertido desvío en el Monarca, pide éste por esposa a la hija del Infante, doña Constanza, celebrándose los desposorios en Valladolid.

Mas como el Rey la mandase encerrar en el castillo de Toro y contrajera esponsales con D.^a María de Portugal, ante tal ofensa D. Juan Manuel se declara en fiera rebeldía suscitándose las consiguientes terribles contiendas, en una de las cuales, 1334, llegó D. Alfonso XI a despojar de Peñafiel al Infante que luego lo recobró; y reconciliados al fin tío y sobrino, al siguiente año concertaron en Cuenca un tratado de paz, por virtud del cual D.^a Constanza había de casar con don Pedro, Infante heredero de Portugal, y D. Juan Manuel había de mandar que «derribasen el uno de los castillos de Peñafiel»¹.

Habremos de pensar que si el Infante cumplió esta segunda parte del convenio, lo que acaso destruyera fuese algún puesto avanzado de la fortificación de la villa y no el castillo propiamente dicho; siendo de notar, de todos modos, que al hablar en plural ese documento de los castillos de Peñafiel, da a entender lo vario e importante de sus defensas, tras de cuyas almenas el ofendido Infante «frente a frente de la regia capital...—dice *Quadrado*—desafió constantemente la bravura del Monarca y le hostigó sin tregua casi hasta 1340»².

Peleando luego a favor del Rey contra los moros, contribuyó a las victorias del Salado y Algeciras, y acabada esta guerra se retiró a Peñafiel, cuyas murallas reedificó en 1345.

Retirado al fin de los negocios públicos, cansado y achacoso, dedicóse en su castillo a alcanzar el cultivo de las letras.

A los apuntados datos que con la historia del castillo se relacionan, hay los que suministra el mismo D. Juan Manuel en uno de sus escritos³, pues refiriéndose a la visita que le

(1) Crónica de Alfonso XI, capítulo clxxvii, fol. 334.

(2) *Recuerdos y bellezas de España, Valladolid, Palencia y Zamora*. Madrid, 1861, página 136.

(3) *Tratado que fizo D. Juan Manuel sobre las armas que fueron dadas al Infante D. Manuel su padre*, pág. 262.

hizo D. Sancho IV, dice: «Et desque legó aquí ficele quanto servicio et cuantos placeres pude; en guisa que fué él ende muy pagado; et estando aquí un dia dijome que él pesaba mucho porque yo era tan mal labrador, et porque dejaba aquella huella de aquel castillo estar así yerma.

»Et mandó a Pedro Sánchez, su camarero, que me diese dineros con quel labrase, et con aquellos dineros labré yo este castillo mayor de Peñafiel...»

Este *castillo mayor*, así llamado para diferenciarle sin duda de las obras defensivas de la villa, no puede ser otro que el que motiva estas líneas, si bien a ello pudieran oponerse ciertos datos históricos que importa consignar.

Después de haber utilizado el castillo los parciales de don Enrique de Trastámara, esposo de D.^a Juana Manuel, hija del antedicho y célebre Infante, para hostilizar al Rey D. Pedro, cuando aquél subió al Trono, vuelve Peñafiel a la Corona, cede la villa Juan I a Fernando, su hijo segundo, con título de Ducado; dala luego en señorío D. Juan I a su hijo del mismo nombre; allí la esposa de este Infante, D.^a Blanca, primogénita de Navarra, da a luz en 29 de Mayo de 1421, a D. Carlos, el famoso cuanto infortunado Príncipe de Viana, y como el dicho Infante D. Juan se mantuviese luego hostil contra don Juan II, haciéndose allí fuerte, indignado el Rey, en 1431, manda derribar la fortaleza de Peñafiel, y si *hemos* de creer a la *Crónica*¹ que lo consigna, «la ejecución no tardó mucho, porque la encomendó a los vecinos de la villa y su tierra, a los cuales plugo mucho dello, porque habían recibido grandes *daños a causa de aquella fortaleza*».

Y parece confirmar la consumación del hecho el mismo D. Juan II, que después de haber concedido la villa a D. Alvaro de Luna, y de cuando lo hubo desterrado, tomarla por asalto, en 1445, temiendo se le rebelase su hijo D. Enrique, dió a éste la villa de Peñafiel y otras de sus alrededores en 1446, con la condición de «que non se faga la fortaleza e que la piedra se dé a los vecinos que el Rey tiene fecha gracia y merced».

(1) Folio 14.

MONUMENTOS NACIONALES DE CASTILLA

EL CASTILLO DE PEÑAFIEL

Informe de la Real Academia de la Historia.

Conclusión ¹

Pero debemos creer que la fortaleza en cuestión no debió ser el castillo o alcázar necesario como morada a los Señores de la villa, sino las murallas y fuertes avanzados de ella.

Nos persuade de esto, aparte de la existencia de aquél y no de éstos, que ninguno de los insignificantes hechos históricos que después de los citados se registran en Peñafiel, justifica la erección de tan grande e importante obra militar.

La única vez, que sepamos, en que el castillo fué utilizado como seguro centro donde alimentara una rebeldía fué cuando su nuevo poseedor, D. Alfonso Téllez Girón, Conde de Ureña, mantuvo parcialidad por la Beltraneja contra los Reyes Católicos, hasta que se resolvió esta contienda histórica en la batalla de Toro.

Después, por virtud de la nueva política de dichos Reyes y la mudanza de las costumbres, el castillo de Peñafiel, como tantos otros, conviértese en morada señorial, perteneciendo hasta modernos tiempos a los Girones, y allí se hospeda Carlos V por espacio de tres días, 23, 24 y 25 de Febrero de 1528, y otras varias veces antes y después ².

Estos son los datos históricos que del castillo y de la villa de Peñafiel se conocen.

Importa ahora saber cómo concuerda con ellos el Monumento.

No existe de él más que una monografía, debida al inteligente Arquitecto y Académico de la de Bellas Artes D. Enrique Maria Repullés y Vargas, publicada ³ con la planta que

(1) Véase el número 176.

(2) Véase Foronda. Estancias y viajes del Emperador Carlos V. Madrid, 1914.

(3) *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, tomo 3.º, pág. 157, año 1905.

juntamente con unas fotografías ha sido enviada por la Superioridad para facilitar este informe.

Por estos elementos nos es dado apreciar la fisonomía y caracteres que ofrece el castillo de Peñafiel.

Yérguese este castillo, como casi todos los medioevales, en una alta y aislada colina, escogida de intento para servir de vigía en el fértil valle regado por el Duero y el Duratón, y como casi todos también, su traza peregrina y un tanto irregular se acomoda a la de la meseta, cuya cresta debió ser desmontada para que ofreciese un plano a la edificación que en el primer recinto fortificado asentó en los bordes mismos de la meseta, para que el rápido talud de las vertientes se aunase con la obra defensiva, a fin de hacer inexpugnable el recinto.

«Su planta—dice el Sr. Repullés—semeja a gigantesca nave encallada en la montaña... la proa mirando al Norte y la popa al Sur.»

Es, en efecto, una construcción que se desarrolla en sentido longitudinal, estando constituida por dos recintos y alzándose casi a la mitad del segundo la llamada Torre del Homenaje, verdadero alcázar de los señores del castillo.

Un sendero o camino tortuoso, serpenteando por la vertiente oriental del cerro, conduce a la única puerta que el castillo tiene y que como en casos análogos aparece normal a la línea de muralla mirando al Sur, flanqueada de dos torres redondas y defendidas además por un matacán, que la coronaba, y del que solamente restan los canes.

Dichas dos torres o cubos son las únicas de dicho primer recinto, cuya recia fábrica se desarrolla lisa abrazando toda la construcción interior.

Esta construcción interior, que descuella sobre la primera, formando la segunda línea de defensa, es más interesante, y mide aproximadamente 210 metros de longitud por algo más de 20 metros de anchura. Fórmanla cortinas de 10 a 15 metros de línea, separadas por 30 torres cilíndricas que en planta sobresalen de aquéllas unos dos tercios de su diámetro, el cual varía entre 2,30 metros y 5,50 metros, que son los dos tamaños de estas defensas, que alternados se ven en buena parte de la mitad meridional de la fortaleza y se repiten con mayor número seguido de torres pequeñas en el especie de espolón de la

parte septentrional, por donde es muy agudo, terminando en una torre grande, como otra que hay al comedio de la cortina del Sur.

Dicha disposición de los cubos es igual en cada uno de los dos largos lados oriental y occidental del castillo, salvo la parte del primero que corresponde a la entrada, la cual merece algunas palabras.

El paso desde la puerta mencionada del primer recinto hállase defendido en el segundo, primeramente por una de las torres grandes, seguidamente por tres pequeñas, de las cuales las dos primeras flanquean la segunda puerta y continuando hacia el Norte por el recinto con otras tres torres que defiende a la del Homenaje, junto a la cual hay una poterna. La dicha segunda puerta está como la primera, protegida por matacanes, y de éstos llevan también por coronamiento todas las torres que con él sobrepujan en altura a las cortinas, habiendo perdido unas y otras casi en totalidad el almenaje, siendo accesible la subida a lo alto de las primeras por escalinatas desde el adarve.

Una vez dentro de lo que pudiera llamarse patio meridional del segundo recinto, hállase a la derecha mano otro interior, con dos puertas que conducen a la torre del Homenaje. Esta altísima cuanto gallarda construcción, que divide el castillo en dos partes, no precisamente iguales, pues se halla unos 15 metros más al Norte, es de planta rectangular de 20 metros (de Este a Oeste) por 14 metros, y 34 metros de elevación con un espesor de muros de 3,50 metros.

Al exterior, sus lienzos, rasgados por pocas y pequeñas ventanas, aparecen coronadas al medio, y en los ángulos por ocho torrecillas cilíndricas o garitas sobre mensulones anillados y por barbacana corrida en aquéllos sobre arquillos como en las demás torres.

Cree el Sr. Repullés que la entrada a esta torre, según los vestigios que se observan, debió verificarse por medio de un puente levadizo, o más bien por uno de aquellos tableros llamados *porta labiles*, cuyo mecanismo es hasta ahora desconocido. ¹

(1) *Bol. de la Soc. Castellana de Excursiones*, t. III, p. 158.

En el interior de la torre hay dos pisos y en cada uno una cámara cubierta por bóvedas, viéndose mechinales y ventanas de galerías en otros pisos que hubo de madera, y existiendo embebida en el muro la estrecha escalera de comunicación que conduce hasta la terraza enlosada que hay en lo alto.

En los dos patios del castillo hay restos de construcciones, destinados sin duda a la guarnición y dependencias. Hay también subterráneos y un algibe.

Si desde el punto arquitectónico hemos de considerar este Monumento, «lo más admirable—dice el Sr. Repullés—es lo perfecto de su construcción, todo de blanca cantería caliza de Campas, pero algo oscurecida por la pátina del tiempo, de labrado y regular sillarejo en las cortinas, y de sillería en los cubos y torres, coronados éstos por airosas cornisas de barbacanas formadas por dobles canecillos sosteniendo arcos semicirculares, que producen el mejor efecto, y siendo la labra de estos coronamientos, las de los curvos sillares, las de las bóvedas esféricas de los torreones, escaleras helizoidales, almenas y otros detalles, tan esmerada como pudiera hacerse hoy por los más hábiles canteros, no faltando en los sillares las siglas y marcas de los que las labraron.»¹

Si como obra de arquitectura militar la consideramos, es de notar lo bien calculado de su línea definitiva, reducida a sus dos frentes longitudinales, multiplicada en cada uno por su doble recinto, robustecida en el segundo por la multiplicidad de torres, y aumentada con la alta torre del Homenaje.

Si de estas consideraciones pasamos a las que sugiere el aspecto arqueológico de la cuestión, entendemos que en la fábrica del castillo hay dos partes entre las cuales se advierte notable diferencia: el primer recinto, rudo y sencillo, que pudiera ser la del siglo xi, mandada hacer por el Conde Sancho García, y el segundo recinto, con la torre del Homenaje, obra homogénea y acabada, airosa y elegante, que por todo ello denota corresponder a los últimos años del siglo xiii y principios del xiv, y es por tanto la ejecutada por el Infante D. Juan Manuel.

Estima el Sr. Repullés el castillo como «ejemplar notabilísimo del arte arquitectónico militar de la Edad Media, corres-

(1) *Bol. de la Soc. Castellana de Excursiones*, pág. 159.

pondiente al primer período del estilo ojival germano, con reminiscencias del románico». lo que se ajusta bien a esa diversidad de caracteres, siendo conveniente advertir, por una parte, la diferencia esencial entre la arquitectura militar y la religiosa de aquellos tiempos, y, por otra parte, que solamente haciendo un detenido estudio del monumento, podrían determinarse cuáles sean sus trozos más antiguos, que debe haberlos en todo él y así precisar sus construcciones sucesivas.

Indica el Sr. Repullés que la torre del Homenaje debió ser construída en tiempo de D. Juan II, ¹ pero creemos más verosímil que en todo caso fuese reconstruída entonces, pues todas estas fábricas defensivas tuvieron que ser reparadas por los daños sufridos en las contiendas de la época.

Y si es cierto que esa torre ostenta el escudo de los Girones, natural es pensar que fué añadido en señal de dominio.

Es, en suma, el castillo de Peñafiel monumento importantísimo entre los de su clase, y por los hechos históricos que con él se relacionan, por los actores de ellos, Príncipes y magnates, que con él estuvieron o que se lo disputaron, por haber sido mansión de algunos de los mismos, y especialmente de D. Juan Manuel, que dentro de sus muros buscó apropiado retiro para producir las luces de su ingenio, por su valor arquitectónico militar, tanto desde el punto de vista artístico como arqueológico, reúne méritos más que suficientes para que el Estado procure su conservación incluyéndolo, desde luego, en la honrosa lista de nacionales.

Tal es el parecer de esta Real Academia, que en nombre de la misma y por su acuerdo, tengo el honor de trasladar a V. I., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid, 26 de Mayo de 1917.—El Secretario accidental, Juan Pérez de Guzmán y Gallo.

Ilmo. Sr. Director general de Bellas Artes.

(PONENTE, D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA)

(De la «Gaceta de Madrid».)

(1) *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, pág. 157.